

ARTÍCULOS

TEMPORALIDAD EN EL PENSAMIENTO AMERICANO

Reflexiones en perspectiva

TEMPORALITY IN THE AMERICAN THOUGHT
Reflections in Perspective

Juan José Esteves / juanjoseesteves3@gmail.com

Facultad de Artes. Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Recibido: 23/2/2020

Aceptado: 19/5/2020

RESUMEN

El ensayo filosófico y literario durante el siglo pasado en nuestro continente expresó una búsqueda orientada hacia aquellos temas que indagan sobre el vivir y pensar desde América. Cuestiones como memoria, tiempo y compromiso constituyen parte de la reflexión de los tres autores —Leopoldo Zea, Rodolfo Kusch y Rodolfo Agoglia— incluidos en este artículo.

PALABRAS CLAVE

Temporalidad; compromiso; pensamiento; autonomía

ABSTRACT

The philosophical and literary essay in our continent during the last century, expressed a search oriented towards those themes that inquire about living and thinking from America. Topics such as memory, time, and commitment, are part of the reflections arising from the three authors —Leopoldo Zea, Rodolfo Kusch, and Rodolfo Agoglia— included in this article.

KEYWORDS

Temporality; commitment; thought; autonomy

La relación entre historia, memoria y temporalidad ha sido un tema recurrente en la reflexión promovida desde la filosofía de la historia en general y desde la historiografía en particular. Pasado y presente conforman una unidad para organizar períodos de una realidad social y política. El pasado se proyecta inevitablemente por acción de la memoria sobre nuestro presente y, de manera recíproca, pareciera que en las huellas del pasado queremos resolver lo acuciante de nuestro presente. Esta dialéctica hermenéutica constituye un ejercicio siempre necesario para la comprensión de nuestro acontecer como comunidad y pone en tensión permanente la verdad o falsedad de nuestros juicios fácticos acerca de los hechos sociales del presente y del pasado; asimismo, nos involucra en el entramado de juicios éticos-valorativos y resignifica nuestros posicionamientos frente a la realidad en que vivimos.

Esta necesidad de recurrir a la memoria como forma de dar sustento y sentido a nuestro acontecer histórico y político es de antiquísima data en el acervo cultural de la humanidad. Bastaría solo con citar obras universalmente memorables, como la *Ilíada* o la *Odisea*, para encontrar ese afán por reconstruir, transmitir y otorgar sentido a la vida de los pueblos. Esto tomando como referencia solamente la transmisión mediante la escritura, lo cual ya presuponía la labor de rapsodas y aedos de incuantificable dimensión. En esa tarea de perpetuar la memoria se ponían en valor también criterios que atemperaban o profundizaban la conciliación o el conflicto entre la sociedad de su época. Es que la reconstrucción del pasado nunca fue una acción inocua y sin intencionalidad. Basta ver en el mundo de la antigüedad clásica que, luego de un Homero, se necesitó de un Platón para ordenar tamaña desmesura de interpretaciones colectivas. Había que jerarquizar la palabra y su sentido, y con ello darle lugar al orden, al logos y a la ciencia. Si decíamos que la interpretación del pasado nunca había sido desprevenida de intereses —manifiestos o no—, le cabía entonces a los gobernantes y a sus sistemas organizados realizar la labor de convalidación de los mismos. La sociedad del saber operó desde siempre mediante la jerarquización, la clasificación y la segregación del conocimiento.

El despliegue en la historia de las ideas en América no ha estado exento de tensiones, complicidades y disputas a las que hacíamos alusión con motivo de la historia clásica en la antigüedad. Tiene, sí, otros

ingredientes que la complejizan. Desde las concepciones instauradas a partir de la relación entre poder y saber que instituye la Modernidad, sociedades como las nuestras fueron colocadas por fuera de la línea de temporalidad del modelo de evolución civilizatoria. Como se ha dicho desde la vertiente hegeliana de la historia, América es el sitio por fuera de lo histórico; su tiempo escapa al modelo civilizatorio que consolida la Europa de las primeras décadas del siglo XIX. América es un no lugar; algo caído de la misma trama de acontecimientos históricos a los que no se los puede comprender desde el sentido teleológico vigente en el conocimiento consagrado por la misma Europa del siglo XVIII. Simétricamente, esa lógica de organización de la historia se perpetúa toda vez que la política desde América enuncia un proyecto de comunidad autónoma: el apelativo viene, entonces, del lado de lo utópico como mote despectivo, como desmesura o ciego afán producto de algunos siniestros demagogos.

Durante el transcurso del pasado siglo XX, se desarrolla en esta parte del mundo una prolífica producción literaria y ensayística de autores que van a poner la palabra —y en muchos casos la participación política— en una nueva coordenada interpretativa que intentaba reflejar los problemas y las condiciones reales del vivir en América. Algunos de ellos recibieron más hostilidades que reconocimiento desde los ámbitos de la investigación y la enseñanza. Sus reflexiones incluyeron los problemas propios de la historia y la cultura, analizados desde una matriz original que le dio palabra y dimensión a la heterogeneidad popular en América. Cualquier enumeración es siempre injusta en su omisión, pero hay referencias que constituyen en sí mismas un lugar convocante cada vez que se invoca la provocación de pensar desde lo que José Martí definió como Nuestra América. En este recorrido quisiera detenerme solo en tres de estos autores: Leopoldo Zea, Rodolfo Kusch y Rodolfo Agoglia, para intentar exponer cómo tiempo y memoria adquieren resonancias específicas a la luz de nuevas problemáticas aquí, en el centro y en el sur del continente.

Una mención primera es la del filósofo mexicano Zea (1912-2004). Desde él, podemos afirmar que todo pensar auténtico y verdadero en América nace de un compromiso con la comunidad. Zea (1952) nos interpela acerca de un reflexionar y un producir desde un estar situado y en este nuestro tiempo, en el cual estamos posicionados como

individuos de nuestra comunidad. Este tiempo y espacio es significado desde la dimensión del acontecer del hombre y de la mujer de América. Es un pensar que exige siempre la recaída en un horizonte temporal del presente, que en América parece reflejar el ciclo recurrente de lo siempre urgente. Pensamiento y tiempo se enhebran en el genuino acto de existir. Parece indicársenos, desde esta opción americana, un destino ontológico que es por elección el del conjunto de la sociedad y no el de un destino individual. Desde ese participar y comprometerse en lo temporal comunitario, el hombre recobra su dimensión de totalidad. Desde este recorrer americano, desde sus heterogeneidades que no se excluyen, se gesta en lo comunitario el pensamiento situado.

La obra de Zea inaugura categorías y estilos propios y nos lanza hacia las posibilidades de una ética y una estética de lo americano. Desde esta perspectiva, los temas propuestos por este y otros autores representativos de la originalidad americana parecieran colocarnos en un presente permanente, tanto por su vigencia como por su irresolución. América emerge desde la persistencia de proyectos y utopías que reclaman su realización. En este sentido, y trayendo en nuestro comentario a otro de los autores que con mayor profundidad abordó los temas pendientes de la *América profunda* —Kusch (1922-1979)—, podemos decir que comprender las dimensiones del tiempo y del estar del hombre de estos contextos requiere que nos sumerjamos en un pensar original. Estas categorías escapan a los cánones binarios que contraponen unidad a diversidad, naturaleza a cultura; permanecen mucho más próximas en sus formulaciones a lo que hoy denominamos —inmersos en otras temporalidades— diálogo de saberes (Castro Gómez, 2014). Se desprende de allí que nuestras historias como sociedades del centro y del sur del continente hunden sus conceptos en lo monstruoso y en lo temerario. Los temas de reflexión de nuestro pensar incluyen ese tiempo en el cual cohabitan lo temerario (escindido de lo mágico como respuesta originaria) y lo racional. Hay una caída irremediable en lo que Kusch (2000) llamó «la seducción de la barbarie» que nos arroja siempre hacia una naturaleza no dominada por el cogito cartesiano. Este se da siempre en el plano del hacer que controla y en una sucesión lineal del tiempo. Aquel remite a un estar que suprime como premisa el ordenarse desde lo temporal.

Pero volviendo a nuestro primer autor, Zea (1952), podemos retomar la vocación de un escudriñar acerca de nuestra identidad a través de nuestra originalidad en la formulación de los problemas indagados y la recuperación de una memoria en plural que subyace en este tiempo histórico. Como decíamos anteriormente, el compromiso constituye el rasgo ético ineludible a todo pensar desde nuestras realidades. Ese compromiso del que nos habla el autor es el tránsito por elección que todo hombre tiene para con su circunstancia (Zea, 1952).

No es entendido aquí el compromiso en términos de pacto contractual de ciudadanía, que daría lugar a un pensar de cálculo de acuerdo a la conveniencia o al interés de los individuos o sus agrupamientos sectoriales. Tampoco se lo formula como un pensar especulativo con orientación a un fin. Desde esta visión de Zea (1952), se despliega un entender al hombre como aquel ente arrojado a un mundo en el cual debe actuar y por lo cual ha de hacerse responsable de la dimensión de sus actos.

Arte y pensamiento en América, concebidos desde esta concepción de totalidad, se plantean como la antítesis a la opción por la fragmentariedad, el ocultamiento o la negación, y permanecen por su originalidad fuera del canon instituido. Si pensamos nuevamente desde Kusch (2000), sería la presencia inevitable de lo hediondo particular de América; el hundir los pies en el magma hasta quedar confundidos en él. Desde este lugar podemos decir, temporalmente unidos a muchos acontecimientos de nuestra historia popular —aunque desacoplados desde el relato historiográfico—, que el compromiso en América ha significado, en más de una circunstancia histórica, cumplimiento de un destino de autonomía en su originalidad y no necesariamente oportunidad.

En este tema de pensar el modo de relación del hombre contemporáneo con su sociedad, quisiera traer a la reflexión un fragmento del propio Zea (1952):

El hombre se debe todo a la comunidad. Es esta la que lo ha traído al mundo, le ha nutrido, le ha hecho partícipe de sus bienes y le ha puesto en posesión de sus derechos [...]. El compromiso no es solo para recibir los bienes, también lo será para recibir los males si estos llegan (p. 17).

Zea le atribuye a una falta de conciencia sobre nuestra situación histórica en América el hecho de no contar con una filosofía propia, como sí se ha dado en otras regiones. Asocia esta cuestión a los modelos culturales y antropológicos asumidos. ¿Qué modelo cultural estamos dispuestos a reivindicar? ¿Cuáles deberían ser nuestros temas? No responderíamos a esto desde un reducido espacio académico ni tampoco apelando a un esencialismo abstracto. Nuevamente la reflexión del autor nos lleva al compromiso con un universal situado; una temporalidad que se asuma íntegramente desde lo americano.

Con referencia a la tarea docente en las aulas, agudiza su mirada hacia la advertencia de no transformarnos en meros repetidores de saberes que en nada nos involucran, o con los cuales creemos no estarlo: «El profesor de filosofía nunca se compromete con lo que enseña, o al menos cree no comprometerse; de lo dicho por él solo son responsables los autores de las filosofías expuestas» (Zea, 1952, p. 33).

En la adopción del estereotipo académico, mediático o de consumo, el pensar americano irremediamente incurre en el desarraigo de sí mismo. El pensador, como el artista en América, deberá «entonarse» (Kusch, 1975, p. 210) y absorber una totalidad de luces y de sombras, que incluyen también el abismo o lo sistemáticamente reprimido. Ahí también estará lo real.

La Modernidad como proyecto generó una forma particular de conocer y de transformar el mundo. En el plano de la espacialidad el conocimiento de *lo otro*, lo diferente, lo distinto devino en un afán clasificatorio y segregacionista. En lo que a nuestra historia nacional se refiere, esto se hizo patente a partir del proceso de organización del Estado Nacional en el siglo XIX y de la Campaña al Desierto protagonizada por el general Julio Argentino Roca y la Generación de 1880. Esta conquista, realizada de la mano del Ejército Nacional y de científicos, topógrafos y cronistas, estigmatizó un minucioso afán por describir, clasificar, medir y cuantificar todo lo contenido en el nuevo espacio adquirido.

En el plano de lo temporal, el hilo conductor estuvo marcado por la destrucción de todo aquello que se opusiera a lo nuevo-moderno. Esta visión del tiempo se emparentó con una imagen de entender a América *por fuera de la historia*, como la entendía la filosofía de la época

consagrada a partir de Hegel. De lo que trataba la avanzada sobre lo originario era del exterminio de todo lo que remitiera a un anacronismo prehistórico (Blengino, 2005).

Este afán clasificatorio, junto con un forzado espíritu de modernización conducido por la elite gobernante, lograría la transformación cultural y, por fin, la incorporación de nuestras comunidades en el curso normal de la historia. En el campo del conocimiento no se hacía más que operar aquello que Kusch (1975) marca como desarraigo: la adscripción de un saber radicalmente separado de su sustrato real; una noesis sin su suelo que la nutriese de autenticidad. Esta formulación, de un proyecto impuesto a cualquier costo y a contrapelo del horizonte cultural propio, terminaría evidenciando su verdadera intención: concebir a la nación como una empresa agropecuaria (Kusch, 1975). Se colocó al habitante criollo y originario en el lugar de la indigencia cultural y simbólica; así, la República consume el silenciamiento de América.

De los tres autores mencionados, es Agoglia (1920-1985) quien evidenció de manera orgánica su incorporación a una política institucional dentro del Estado. Mencionaremos solamente como dato biográfico su destacada participación en el Primer Congreso Nacional de Filosofía que tuvo lugar en Mendoza en el año 1949, y su paso, entre otras, por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Allí, además de una intensa actividad docente en el ámbito de las humanidades, se desempeñó como jefe del Departamento de Filosofía y fue rector de esa unidad académica durante la intervención del gobierno electo en el año 1973. Entre otros logros políticos y educativos, debemos hacer mención a uno particularmente sentido por nosotros como docentes de esta Facultad. En efecto, cuando Agoglia fue rector de la UNLP se llevó a cabo, por Resolución 1083/73, el pase de la Escuela Superior de Bellas Artes a la entonces Facultad de Arte y Medios Audiovisuales, en la actualidad, Facultad de Artes (FDA).

Nos detendremos sobre este intelectual en lo relativo a su concepto de historicidad. Agoglia [1983] (2016) identifica el pensar con la función de dirigir una acción que afiance la libertad del hombre. Esta reflexión la hace en referencia directa a la praxis política. Así como no es correcto —según estima— separar la idea de la acción, tampoco lo es el escindir al político de quien piensa sobre la política. El hombre político no puede

ser aquel que interviene en la realidad sin una doctrina, pero esto como consecuencia de entender que el verdadero político es aquel que piensa con la realización de la acción. Hay una simultaneidad temporal en el hacer-pensar de la praxis política. Va a decir así que ser un buen político es ser un buen pensador.

Agoglia [1983] (2016) hace estas afirmaciones recurriendo a la historia americana y su referencia en concreto es la figura del libertador Simón Bolívar (1723-1830). Representa en él al hombre que encarna la historia de un pueblo, y que en la acción elabora su ideario político. Conjuga una triple temporalidad reunida en un hacer histórico: su presente convalida hechos por él cumplidos —pasado inmediato— y los proyecta hacia un futuro que requiere superar la condición de sojuzgamiento de su América (Agoglia, [1983] 2016). En esto cree ver nuestro pensador americanista la clave de una profunda conciencia histórica y política. Es un presente que está llamado así a sobrevolar contingencias y subjetividades, porque lo que importa, cree Agoglia [1983] (2016), es cómo se penetra en la profundidad de una realidad continental para poder comprenderla y así transformarla. Ahí está para él lo político. Hay temporalidad futura en su mensaje cuando es capaz de proyectar su comprensión de lo histórico y, asimismo, ser tomado por las generaciones posteriores (Agoglia, [1983] 2016). Lo asumido en América puede venir de manos de la obra literaria, como lo caracterizado por Kusch (1975) respecto del *Martín Fierro* (1872), de José Hernández (1834-1886), como así también del mensaje político en el ejemplo tomado de Simón Bolívar. Finalmente, dirá Agoglia [1983] (2016), nuestra emancipación política en América no logró acabar con la condición de colonialidad de nuestros pueblos.

Por último, si reflexionamos acerca del tiempo histórico y el compromiso con lo americano desde estos autores que mencionamos, nos resta indicar el alto costo que esto podría implicar. Dicho compromiso tuvo a lo largo de nuestra historia el peso de su verdad, difícilmente reconocida y las más de las veces perseguida o segregada. El desarrollo de su concepción de lo americano fue el mismo al pensar que al actuar y, en esto, tampoco se apartaron de lo americano. Simón Bolívar —el imponente guerrero— en la decepción en su destierro, incomprendido en su ideario, creyó haber arado en la mar. Kusch, desplazado de su cátedra y apartado del reconocimiento de sus pares, pasó sus últimos años en un exilio interno, en el pueblo quebradeño de Maimará. Zea,

en su longevo existir, no pudo ver la realización de un proyecto para la filosofía en América más allá de su propia obra. Agogliá, que iluminó con su ponencia el Primer Congreso Nacional de Filosofía de la Argentina en representación de nuestra UNLP y a quien le debemos en parte nuestra pertenencia a una facultad, fue víctima de la violencia política, en lo que resultó ser la anticipación de la noche más negra en la Argentina.

REFERENCIAS

- Agogliá, R. [noviembre de 1983] (2016). La historicidad del mensaje de Simón Bolívar. *Cuadernos Hispanoamericanos*, (401), 51-59. Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc8w5f0>
- Blengino, V. (2005). *La zanja de la Patagonia*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Castro Gómez, S. (2014). Decolonizar la Universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes. En Z. Palermo (Comp.), *Des/decolonizar la universidad* (pp. 69-83). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones Del Signo.
- Kusch, R. (1975). Dos reflexiones sobre la cultura. En AA. VV., *Cultura popular y filosofía de la liberación* (pp. 203-219). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fernando García Cambeiro.
- Kusch, R. (2000). *Obras completas*. Tomo I. Rosario, Argentina: Fundación Ross.
- Zea, L. (1952). *La filosofía como compromiso y otros ensayos*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.